



Boletín

año 10
número 43
octubre 2007

INSTITUTO DE SEGURIDAD INTERNACIONAL Y ASUNTOS ESTRATÉGICOS

Recuerdos del futuro

Jorge Elías*

Sumario:

- Recuerdos del futuro.
Jorge Elías
- La política exterior del Bicentenario.
Fabián Bosoer
- Desafíos para la política exterior argentina a partir del 2008.
Francisco Corigliano
- ¿Vientos de cambio en la política exterior argentina?
Fabián Calle y Federico Merke

CARI

Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales

Presidente

Carlos Manuel Muñiz

Director ISIAE

Julio A. Hang

Director del Boletín

Fabián Calle

Secretario de Redacción

Gastón H. Schulmeister

Las opiniones expresadas en esta publicación son exclusiva responsabilidad de sus autores y no reflejan necesariamente el pensamiento del ISIAE ni de las Instituciones a las que pertenecen.

Los comentarios sobre la presente publicación pueden ser remitidos a: Instituto de Seguridad Internacional y Asuntos Estratégicos, CARI, Uruguay 1037, Piso 1ro C1016ACA Buenos Aires, Argentina.

Tel: (54 11) 4811-0071 al 74
Fax: (54 11) 4815-4742
E-mail: cari@cari1.org.ar
www.cari1.org.ar

Si yo fuera presidente, apelaría a un nuevo acuerdo. No al *new deal* de Franklin Delano Roosevelt, pendiente de la sanción de leyes en el Congreso en sus primeros 100 días de gobierno, sino a un nuevo acuerdo, o a un nuevo trato, con otros presidentes. Muchos, no apenas dos o tres. Si yo fuera presidente, apelaría, también, a la seducción. Procuraría ser parte de la solución, no del problema, de modo de despojarme de rezagos de malos modales o de actitudes destempladas que podrían llevar a confundirme con un matón.

No crearía un nuevo país, sino una nueva marca país que, en un país presidencialista como la Argentina, vendría a ser un reflejo de mis virtudes y defectos. Tampoco predicaría con el ejemplo ni revolvería el baúl de los recuerdos, repleto de contradicciones. Dejaría de lado las poses. No me preguntaría cómo comportarme con los demás presidentes. Entre el 10 de diciembre de 2007 y el 19 de marzo de 2008, los cien días de gracia, observaría cómo se comportan ellos conmigo.

En un mundo en transición, próximo al final de la peor presidencia norteamericana de la historia contemporánea, no compraría novedades, por más que simpatice con ellas. Aplicaría una fórmula: esperar y ver. Resolvería de inmediato los pendientes, como la crisis con Uruguay. Y evitaría ser encasillado en la derecha o la izquierda. En el centro, con espíritu práctico y realista, me deslizaría hacia un lado o el otro después de haber sido elegido por una legión de votantes de toda laya. Entre ellos, algunos cansados y confundidos; otros, desencantados, y otros, decididamente complacientes con los escándalos de corrupción aún irresueltos.

Dejaron dicho los griegos que los políticos deben tener las manos limpias,

pero, también, los ojos limpios. Ver más allá. Vislumbrar. Antes de Hugo Chávez, Evo Morales y Rafael Correa, por un lado, y de Luiz Inacio Lula da Silva, Tabaré Vázquez y Michelle Bachelet, por el otro, sin contar a Álvaro Uribe ni a Néstor Kirchner, América del Sur tuvo oleadas de ascenso, decadencia y reproducción.

La primera, dubitativa, en los ochenta, después de la transición con las dictaduras militares, se caracterizó por su intención de ser un soplo de aire fresco sin más norte que el retorno de la democracia.

La segunda, a finales de esa década, con un bisturí más filoso en las reformas y el libre mercado, dejó como saldo países modernizados, no modernos, y la deuda de prosperidad económica y mejora institucional.

La tercera, signada por transiciones traumáticas en las que campeó la herencia de corrupción, estuvo signada por una creciente demanda social en un mundo que renegaba de la globalización, pero, al mismo tiempo, no podía ni quería apartarse de ella.

La cuarta oleada coincide con el final de la década de los noventa, llamada boba, y con la voladura de las Torres Gemelas, cual bisagra hacia la expansión de tendencias que se creían agotadas, como el socialismo de Chávez y la reaparición de los Estados nacionales en áreas competitivas en las cuales han demostrado su crónica ineficacia.

En esta nueva oleada, cercana al bicentenario de la independencia, aquello que iba a salir mal salió mal, como la respuesta a la irrupción del terrorismo en escala global (de la cual quedó exenta la región), y aquello que iba a salir bien salió bien, como la afirmación de la democracia traducida en elecciones periódicas y las suculentas compras chinas de productos agrícolas.



El fiel de la balanza no se volcó hacia un lado ni el otro, excepto que uno considere seriamente la opción entre Chávez y George W. Bush. Sin Fidel Castro por primera vez en medio siglo, Chávez ocupó su espacio político y, con sus petrodólares, condicionó el discurso de algunos presidentes, como Morales, Correa y Kirchner.

Cambio de hábito

Supongamos que desde enero de 2009, tras las elecciones de noviembre de 2008, un demócrata en la Casa Blanca se hace cargo de los destrozos de Bush. No me alinearía a él o ella: en siete de las últimas 10 elecciones ganaron los republicanos. El nuevo presidente de los Estados Unidos deberá recomponer la imagen norteamericana, emparentada con las guerras preventivas (Afganistán e Irak), los daños colaterales (atentados contra sus aliados) y la violación de los Derechos Humanos (Guantánamo y Abú Ghraib).

Deberá lidiar con el ascenso de China, Rusia, la India y Brasil, entre otros. Deberá entablar un nuevo acuerdo con Irán, Siria, Turquía, Arabia Saudita y Corea del Norte como parte de pago por el caos provocado en Irak. Deberá honrar la diplomacia en ámbitos que no le resultan gratos, como las Naciones Unidas. Deberá romper con alianzas de ocasión, como la tejida por Bush con Pervez Musharraf, presidente de facto de Pakistán. Deberá tomarse en serio los reclamos de Hamas y Hezbollah en Medio Oriente en lugar de acomodar amigos desocupados como Tony Blair.

Los recursos energéticos, como el etanol en desmedro del petróleo, cobrarán preponderancia en la agenda. Si yo fuera presidente, sería más visible que Kirchner y menos ostentoso que Carlos Menem. No esperaría vanamente que me sacaran a bailar, pero tampoco faltaría a la fiesta. De nada valdría que me encolumnara detrás de algún precandidato demócrata (habitualmente, más proteccionistas que los republicanos) ni que, una vez que Bush se recluya en Crawford, Texas, recurra, como estrategia de seducción, al envío de tropas a escenarios difíciles, como fueron el Golfo Pérsico, Haití y Bosnia-Herzegovina. De nada valdría, tampoco, que sobreactuara con votos favorables a iniciativas ajenas en foros multilaterales.

Poco antes de Menem, sobre la Argentina en general —y sobre él en particular— pesaba el síndrome de la desconfianza. El país de entonces, heredero del duelo Braden o Perón, había sido neutral en los dos conflictos mundiales y había declarado en 1982 la guerra contra Gran Bretaña por las Malvinas. Ignoraba, entonces, una realidad: Margaret Thatcher y Ronald Reagan estaban negociando el emplazamiento de misiles de alcance intermedio en Europa; ignoraba la alianza histórica, casi santa, entre ambos países.

Creyó Leopoldo Fortunato Galtieri, en el peñasco de la dictadura militar, que los gobiernos latinoamericanos iban a formar una coalición en defensa de la causa argentina mientras Augusto Pinochet, temeroso de la amenaza contra Chile, jugaba para Thatcher.

A Menem tuvieron que reinventarlo en Washington, en donde sostenían que era la reencarnación de Perón en un caudillo provincial con ínfulas de emperador. Un tío patilludo, populista y nacionalista que defendía a Muammar Khadafy y que amenazaba con la ruptura de las relaciones con los Estados Unidos durante la campaña electoral. No ofrecía garantías de cambio. Y, por sus orígenes árabes, hasta podía ser antisemita.

Llovido sobre mojado después del colapso de Raúl Alfonsín, con el que no habían hecho buenas migas los Estados Unidos por su prédica tercermundista y su renuencia a firmar el Tratado de No Cooperación Nuclear. La Argentina estaba embarcada en el desarrollo del misil balístico Cóndor II, finalmente desactivado por Menem merced a los oficios del embajador Terence Todman.

De un extremo, la Argentina pasó al otro. ¿Volvemos al comienzo? En 1999, la imagen norteamericana, inscrita en el Consenso de Washington, consistía en contentar a los gobiernos latinoamericanos, de modo de sumar aliados y, de paso, buscar filones comerciales y de inversión. En ese momento comenzó un reclamo no agotado: políticas de desarrollo sustentable, sustentadas, a su vez, en mejores instituciones.

En 2003, poco antes de la asunción de Kirchner, el inminente canciller Rafael Bielsa tenía una visión bastante cruda de la imagen argentina en el exterior: “Me parece abominable —le dijo a la corresponsal en Buenos Aires del ABC de Madrid, Carmen de Carlos—. Como la de un conjunto de chiflados, inmaduros que se creen mucho más importantes de lo que son, que poseen alguna potencialidad, pero que no siempre concretan”.

Cuatro años después, si yo fuera presidente, no me preguntaría cómo nos ven. Me preguntaría cómo pretendemos vernos y, sin ataduras, dónde pretendemos estar. La opción no es entre Chávez y Bush ni entre Lula y Bush ni entre el Mercado Común del Sur (MERCOSUR) y el Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA). No hay opción, en realidad, si de hallar un consenso se trata. Un consenso para entablar un nuevo acuerdo y ejercer la seducción en busca de la identidad perdida.

* **Jorge Elías** es columnista de política internacional en el diario La Nación y en el programa La Mañana, de Radio Continental e investigador de la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP). Su último libro es *Maten al cartero, Posdata del asedio a la prensa durante las dictaduras militares del Cono Sur*.



La política exterior del Bicentenario: Dilemas de la innovación política

Fabián Bosoer*

La elección del sexto gobierno constitucional desde la recuperación de la democracia en 1983 ofrece una ocasión propicia para reflexionar sobre las condiciones, oportunidades y dificultades para la innovación política en materia de política exterior argentina.

En primer lugar, el gobierno que asuma el próximo 10 de diciembre será aquel que atravesará los primeros veinticinco años de democracia ininterrumpida, el periodo más extenso de continuidad institucional y vigencia plena de las libertades y derechos ciudadanos que vivió nuestro país en el último siglo, lo cual motivará balances que inscribirán a la coyuntura política necesariamente en una perspectiva más amplia de mediano plazo.

A ello se sumará que este gobierno culminará su gestión cuando el país atraviese la marca simbólica del Bicentenario, lo que subrayará esta característica revisionista y a la vez prospectiva del presente argentino, que nos acompañará durante los próximos años.

En segundo lugar, la elección de la primera mujer en la presidencia introduciría otra novedad histórica en la Argentina, la que si bien se corresponde con la evolución de las democracias y sociedades contemporáneas hacia una mayor igualdad de género en todas las posiciones, ámbitos y jerarquías —y con el lugar crecientemente destacado de los liderazgos femeninos en las más altas responsabilidades políticas y en lugares hasta no hace mucho tiempo reservados a los hombres (ministerios de Defensa, Cancillerías)—, tiene implicancias culturales y políticas adicionales para nuestro país.

Entre las implicancias culturales y teóricas, se encuentra la de estimular una reflexión acerca de las corrientes de pensamiento que inciden en el debate contemporáneo sobre la política externa y las relaciones internacionales, más allá de lo que fueron —y son— sus *'mainstream'* dominantes, el realismo y el liberalismo. En este sentido, cabe prestar atención a los aportes del constructivismo y el feminismo, por ejemplo, tanto en la introducción de temas no entrevistados o menos tratados por las escuelas principales (la cuestión de las identidades, valores y creencias, geo-culturas) como en las perspectivas alternativas de los temas permanentes (resolución de conflictos, diplomacia preventiva, cooperación internacional, derechos humanos) o la reformulación de conceptos como el interés nacional,

entendido no sólo como poder sino desde una perspectiva cooperativa o interdependiente, que incluye de manera prioritaria problemas como la nueva proliferación de armamentos, las desigualdades sociales o el cambio climático.(i)

Entre las implicancias políticas, esta posible experiencia de liderazgo presidencial femenino(ii) invita a explorar los rasgos innovadores que puede imprimir a la gestión de gobierno, los modos particulares de encarar la agenda, de representar imaginarios colectivos, universos simbólicos y expectativas sociales y de orientar las relaciones del país con el mundo.

En tercer lugar, un gobierno de estas características y definido por este marco histórico tendría mucho que decir respecto de las líneas de tensión tradicionales de la política exterior argentina y el modo en que estas se proyecten en los trazos centrales de lo que será la inserción internacional en la segunda década del presente siglo. Es en este último registro que se proponen las siguientes reflexiones.

Los márgenes para la innovación política han sido tradicionalmente estrechos en la historia de nuestra política exterior, particularmente en la percepción de sus protagonistas, y una razón posible de ello es que la innovación se ha confundido con erraticidad e improvisación mientras la continuidad se confundía con conservadorismo e incapacidad para distinguir momentos de cambio y participar más activamente de procesos de transformación en el sistema internacional de otro modo que no fuera el del alineamiento acrítico con la potencia principal.

Ambas líneas, en apariencia antagónicas, han resultado las dos caras de una misma cultura política dominante, según lo reseñaron los trabajos de Gustavo Ferrari, Juan Carlos Puig y José Paradiso sobre las constantes de nuestra política exterior. Propongo aquí dos hipótesis sobre la conformación de esta matriz perceptiva caracterizada por un “conservadorismo reluciente” o “modernismo conservador”.

La primera hipótesis refiere al tipo de régimen y a la dificultad para poner en consonancia las políticas domésticas y la política exterior, los movimientos políticos y sociales nacionales y la dirección de los asuntos de Estado en las relaciones con el mundo debido a la reiterada interrupción de los procesos democráticos.

La segunda refiere a la cultura política de las elites



dirigentes y señala la persistencia de una visión estática y pasiva de oportunidades y amenazas, debilidades y fortalezas; esto es, la dificultad para construir una visión “procesual” en la que los actores pueden reconocer las fisuras y fracturas, transformar escenarios y reglas, generar procesos diferentes, construir fortalezas desde la debilidad y anticiparse a las situaciones favorables y los riesgos.

Esto ha dado como resultado una situación paradójica. No hubo “politización” de la política exterior, en el sentido de identificar a ésta con los colores políticos de cada gobierno. Pero ella quedó, al mismo tiempo, fijada en una matriz político-cultural asociada con los debates de la propia organización nacional — “mercados” o “fronteras”, en la síntesis de Paradiso(iii)— de nacionalismo vs. liberalismo, territorialismo vs. comercialismo, inter-americanismo vs. regionalismo, etc. Los movimientos políticos centrales, el peronismo, el radicalismo, el desarrollismo, el neoliberalismo, con escasas excepciones, agregaron matices y énfasis a aquellas directrices y tensiones centrales, pero no llegaron a síntesis superadoras o a cambios sustanciales respecto de dicha matriz originaria. Un `corpus´ que, por otro lado, resultó impermeable a los aportes teóricos y experiencias políticas de las izquierdas latinoamericanas y nacionales, contrariamente a lo sucedido en otros casos de la propia región, aún en tiempos de la Guerra Fría.

La Argentina de la presente década ofrece muestras de cambios importantes en esta matriz perceptiva, desde la continuidad democrática que permitió colocar en consonancia política doméstica y política exterior hasta la caída en el *default* de 2001, la refinanciación de la deuda externa y la recuperación económica y política subsiguientes. También ofrece muestras de estímulos ciertos para la renovación de ideas en los asuntos de Estado, en consonancia con los procesos políticos latinoamericanos y las claves del desarrollo y la gobernabilidad democrática.

La cuestión de la autonomía bien puede ser una clave de la orientación del próximo gobierno, que podría retomar, en tal sentido, las definiciones planteadas por Puig respecto de la “autonomía heterodoxa” y más recientemente por Juan Gabriel Tokatlian, en los términos de una “autonomía relacional”.(iv) Otra clave, no exenta de interrogantes y condicionamientos, es la posibilidad de avanzar en una definición más clara del *integracionismo regional* que permita sortear obstáculos, asimetrías y dificultades externas e internas en las relaciones entre nuestros países y los procesos y marcos de integración existentes.(v)

En palabras de un importante intelectual argentino, “cierta conjetura abierta sobre lo que todavía no es, pero puede ser —cierta utopía, si se quiere—, que no nos desconecte del mundo, sino que oriente nuestra inserción en él, tendría que

acompañar la afirmación del destino común. Afortunadamente, la mayoría de nosotros ya no acepta pensar que sea necesaria una etapa de capitalismo salvaje para poner a nuestro alcance la lucha por la equidad. Tampoco acepta que la existencia de desigualdades sociales, que son enormes, obligue a renunciar por un tiempo, mientras se logra abolir la pobreza, a la democracia y a las libertades públicas. Pensar un futuro que conjugue estas exigencias es la tarea”.(vi)

Notas

(i) Jo Ann Tickner, *Gender and International Relations: Feminist Perspectives on Achieving Global Security*. New York: Columbia University Press, 1992. Para una reseña de las nuevas teorías de las Relaciones Internacionales, ver Mónica Salomón, *La teoría de las Relaciones Internacionales en los albores del siglo XXI: diálogo, disidencia y aproximaciones*, www.reei.org/reei.4/salomon.PDF

(ii) Salvando la excepción de 1974, cuando Isabel Perón, entonces vicepresidente, ocupó la presidencia por la muerte de su marido, el entonces presidente Juan D. Perón, y fue derrocada en 1976.

(iii) José Paradiso, *Debates y trayectoria de la Política Exterior Argentina*, Bs.As., GEL, 1996.

(iv) Puig entenderá la “autonomía heterodoxa” como la máxima capacidad de decisión propia que se puede tener, considerando los condicionamientos objetivos del mundo real, en un estadio en el que los grupos internos de poder buscan capitalizar al máximo los espacios que, por debilidades o errores dejan el país o el conjunto de países dominantes. Los grupos de poder internos tienen la capacidad de trazarse objetivos propios, pero no obstante dichos grupos reconocen la existencia de asuntos vitales respecto de los cuales el país periférico tendrá que actuar en consonancia con las pretensiones centrales. Ver Juan Carlos Puig, “Introducción”, en Puig, Juan Carlos (comp.), *América Latina: políticas exteriores comparadas*, Tomo 1, Bs.As., GEL, 1984, p.78. Tokatlian definirá la “autonomía relacional” como la preservación y ampliación de los grados de libertad de un país, que requiere una activa participación en la elaboración de normas y reglas internacionales tendientes a facilitar la gobernabilidad global. En Tokatlian, Juan Gabriel, *Hacia una nueva estrategia internacional*, Bs.As., Norma, p.157.

(v) Roberto García Moritán, “Consideraciones sobre las nuevas fases de la integración latinoamericana”, en *Revista Res Diplomática*, del Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto, agosto 2007.

(vi) Carlos Altamirano, *Para un programa de historia intelectual y otros ensayos*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2005. p.133.

* **Fabián Bosoer** es politólogo y periodista. Master en Relaciones Internacionales (FLACSO) y docente universitario (UBA-UB), autor de “Generales y embajadores. Una historia de las diplomacias paralelas en la Argentina” (Ediciones B-Vergara, 2005) y “Malvinas, capítulo final. Guerra y Diplomacia en la Argentina” (Capital Intelectual, 2007). Es editorialista y editor del diario *Clarín*.



Desafíos para la política exterior argentina a partir del 2008

Francisco Corigliano*

Cualquier intento reflexivo sobre los desafíos del próximo gobierno en materia de política exterior —necesariamente precario debido al dinamismo de las realidades interna, regional y global— debe partir de un balance, aunque sea breve, acerca de este capítulo de las políticas públicas durante la gestión de Néstor Kirchner (2003-2007).

Dicho balance evidencia la emergencia de una política exterior condicionada a las necesidades electorales internas de un gobierno que había asumido con un estrecho margen de gobernabilidad. Enfrentado a esta situación, Kirchner —como su antecesor Eduardo Duhalde (2002-2003)—, privilegió la “demonización” del “modelo” heredado de sus predecesores Carlos Menem (1989-1999) y Fernando de la Rúa (1999-2001).

Esta “demonización” permitió el incremento del margen de maniobra interno del gobierno, revirtiendo el problema de legitimidad de origen de Kirchner. No obstante, al mismo tiempo, dificultó la adopción de todo gesto de compromiso de mediano o largo plazo con Washington o con la comunidad internacional, que pudiera ser leído en el ámbito doméstico como un retorno al comportamiento externo del período 1991-2001. Impidió —y continúa impidiendo— la distinción conceptual entre las falencias y costos sociales de un modelo económico que no garantizó la transparencia jurídica necesaria para atraer inversiones internas y externas ni para respetar los contratos firmados; y la adopción de una política exterior, que, más allá de sobreactuaciones y algún que otro error, contribuyó a mejorar la imagen internacional de la Argentina y a promocionar un modelo económico que colapsó por producto de sus propios errores y no como fruto de decisiones de política exterior. Como sostiene Carlos Escudé, la política exterior tiene por función el *apuntalamiento* de la política económica interna. Pero la mejor colección de gestos externos no puede ocupar el lugar protagónico de un repertorio de medidas económicas eficazmente administrado y sus efectos de arrastre en las políticas doméstica y externa.

El gobierno de Kirchner, prisionero del “mito de la demonización del período 1991-2001” —que contribuyó a gestar y fomentar—, se negó a participar del Operativo conjunto Águila III con Estados Unidos y otros países latinoamericanos en octubre de 2003; se abstuvo de sumarse a Washington en la condena a las violaciones de derechos humanos perpetradas

por el régimen cubano en el marco de la ONU; atacó en su discurso ante la Cumbre de las Américas de noviembre de 2005 al FMI, al ALCA y a las políticas regionales de Washington; y declinó la invitación que le ofreciera la ONU para sumarse a las fuerzas de mantenimiento de paz en el conflicto en el Líbano en 2006.

Como contrapartida a estas iniciativas, y pragmáticamente consciente de la necesidad de no quebrar el diálogo con la Casa Blanca y el Pentágono, el gobierno de Kirchner adoptó la doblemente prudente —y por lo tanto, sabia— decisión de apoyar la postura norteamericana crítica hacia la política de rearme nuclear iraní en la ONU, y de cooperar con la administración de George W. Bush en los temas más sensibles de la agenda: lucha contra el terrorismo y el narcotráfico, gesto este último reconocido en los informes del Departamento de Estado que evalúan como “constructiva” la actitud de la diplomacia argentina en estos dos *issues* urticantes.

Este breve balance no puede obviar la presencia de *cuestiones pendientes* en la agenda externa, que Néstor Kirchner deja para su sucesor, que con altísima probabilidad será su esposa Cristina Fernández.

¿Qué contenido tendrá el vínculo con Venezuela? Hasta el momento, el gobierno de Kirchner parece haber circunscripto las relaciones con Caracas al ámbito económico-comercial: cabe recordar que fue el gobierno de Hugo Chávez el único que compró los bonos de deuda argentinos, en el contexto del escepticismo de la comunidad internacional posterior al *default* de diciembre de 2001 para con nuestro país como mercado confiable, y que Venezuela es el único actor externo que ha demostrado real interés en invertir en la Argentina de los años K. El régimen chavista tiene interés en elevar el status de sus vínculos con Kirchner con la inclusión de compromisos en el plano estratégico-militar, pero ésta sería una opción que tendría inevitablemente costos en la relación Buenos Aires-Washington. El actual presidente las ha evitado sabiamente. ¿Qué camino tomará el próximo gobierno, en vista de los coqueteos de Chávez con Irán y las FARC colombianas, que la Casa Blanca y el Pentágono no dejan de percibir con inquietud?

Otra cuestión pendiente de resolución, también perteneciente al plano regional de la agenda externa, radica en resolver la dirección de los vínculos con



México y con Brasil, otros dos interlocutores de importancia. Fiel al juego pendular, Kirchner impulsó el ingreso de México como miembro del MERCOSUR —gesto que aparejó más de un roce con Brasil—, pero en el tema crucial del ALCA no avaló la opción de ALCA “incondicional” o *ALCA made in USA* sostenida por el presidente Vicente Fox en la Cumbre de Mar del Plata en noviembre de 2005.⁽ⁱ⁾ La visita de Cristina Fernández como candidata presidencial a México y su diálogo con el presidente Felipe Calderón y con los empresarios efectuada a fines de julio de 2007 procura comenzar a cauterizar las heridas bilaterales generadas por el rechazo argentino a que Brasil y/o México ocupen un asiento permanente en el Consejo de Seguridad de la ONU y a incrementar el peso del país azteca en el comercio exterior argentino —ocupa actualmente el 6° lugar como cliente y el 5° como proveedor—⁽ⁱⁱ⁾ y como potencial inversor en una Argentina anémica de capitales externos tras el colapso de diciembre de 2001. Sólo el paso del tiempo dirá en qué medida estas heridas comenzarán a cerrarse.

Lo dicho respecto de las relaciones con México es válido para el caso de los vínculos con Brasil. Hasta el momento, el juego pendular de la diplomacia argentina no ha contribuido a despejar dudas y resquemores que expresan, en el plano bilateral, un proceso de estancamiento del MERCOSUR que amenaza con consolidarse.

En el plano global, aparecen dos cuestiones pendientes. Una de ellas es el futuro de los vínculos con España, el único de los inversores externos que —más allá de idas y venidas—, ha seguido apostando en el mercado local de la Argentina post-crisis 2001. El moderado tono adoptado por Cristina en su encuentro de julio de este año en Madrid con la Confederación Española de Organizaciones Empresariales (CEOE) constituyó un gesto orientado a la necesaria recomposición de los vínculos de la Argentina con el mercado de capitales, un camino que —como el título del tema de los Beatles— promete ser “largo y sinuoso”.

La otra cuestión pendiente —vinculada con la anterior— y de resolución difícil en tanto tiene un sesgo estructural, es el del mantenimiento de la impunidad y la corrupción como prácticas cotidianas.

A pesar de los numerosos gestos con los que el gobierno de Kirchner ha querido diferenciarse de sus “demonizados” antecesores, los atentados a la Embajada de Israel y a la AMIA aún siguen pendientes de resolución y constituyen un doloroso ejemplo de la impunidad. Respecto de la corrupción, los últimos meses de la actual gestión presidencial fueron testigos de un *crescendo* de esta enfermedad endémica: el caso Skanska, los dólares “olvidados” en el baño del Ministerio de Economía por la ex ministra Felisa Miceli, la valija con los petrodólares procedente de Venezuela. Ejemplos que son, a pesar del esfuerzo de “demonización del período 1991-2001”, molestas repeticiones de otros hechos de corrupción ocurridos en ese período y en otros ubicados en el pasado. Casos que expresaron —y expresan— la estructural persistencia de un patrón cultural anti-legalista y anti-institucionalista en la sociedad y la dirigencia política argentina. Y dicha persistencia es un serio obstáculo a la estabilidad política y económica interna y a la credibilidad externa de la Argentina.

Cierro esta breve reflexión con mi sincero deseo de que los próximos gobiernos nacional, provinciales y municipales tengan la voluntad de iniciar la reversión de este lamentable legado histórico-cultural. Espero que no se convierta en una quimera.

Notas

(i) Acerca de esta cuestión, el lector puede consultar mis artículos “La política latinoamericana de Kirchner”, revista *Criterio*, año 77, N° 2300, Diciembre 2004, pp. 718-722; “La posición del gobierno de Kirchner en la Cumbre de las Américas 2005: un balance preliminar”, Boletín ISIAE, año 8, N° 37, diciembre de 2005, pp. 1-3.

(ii) “Un intercambio comercial que es fuerte, pero que no supera a Brasil”, diario *La Nación*, Buenos Aires, 31 de julio de 2007, p. 6.

* **Francisco Corigliano** es Doctor en Historia (UTDT) y Master en Relaciones Internacionales (FLACSO) y Profesor en la FLACSO y las Universidades de Buenos Aires, San Andrés y Torcuato Di Tella. Co-autor de la obra colectiva de quince tomos *Historia de las Relaciones Exteriores de la República Argentina*, dirigida por Andrés Cisneros y Carlos Escudé, Buenos Aires, CARI y GEL, 1998 a 2003.

Novedad Bibliográfica

Libro **“Política y diplomacia. Una política institucional hacia el mundo”**, por Julio Ramón Lascano y Vedia. Ediciones Tu Llave. 196 páginas.



¿Vientos de cambio en la política exterior argentina?

Fabián Calle* y Federico Merke**

Dentro de unos años, cuando se revise la política exterior de Néstor Kirchner, cuatro temas serán vistos como salientes. El primero fue el más urgente: la reestructuración de la deuda externa y el posterior pago al FMI. El segundo tema fue la relación con Bolivia, basada en la escasez de energía local y en la necesidad de contribuir a la estabilidad política boliviana. El tercer asunto fue el acercamiento a Venezuela, basado en razones ideológicas (rechazo al neoliberalismo de los 90); pragmáticas (financiamiento de deuda argentina y cooperación energética) y de *Realpolitik* (balancear el protagonismo de Lula). El cuarto tema es el distanciamiento con el Uruguay, a raíz del conflicto por la instalación de Botnia. Acá no primó ni la *Realpolitik* de los intereses, ni la ideología basada en valores, ni el pragmatismo basado en el cálculo. Con el fantasma de la ingobernabilidad a cuestas y el temor a la represión, el asunto corrió por dos carriles inconexos: la diplomacia de asamblea a nivel provincial y la diplomacia jurídica a nivel nacional.

Ciertamente, ni las condiciones internas ni las externas fueron favorables a la proyección internacional del país. Kirchner heredó un estado colapsado y fue testigo de la invasión de Estados Unidos a Irak y su búsqueda descarnada de primacía.

El posible triunfo de la Senadora Cristina Kirchner abre el espacio para repensar la inserción internacional de la Argentina. A diferencia del ambiente internacional de 2003, Cristina Kirchner participaría de un escenario global que tendrá como rasgo principal el repliegue de los Estados Unidos de Irak y una política menos unilateral y más cercana a un multilateralismo de tipo realista. Esto impone la necesidad de conocer las visiones de los principales candidatos a la presidencia de los Estados Unidos, más aún si son correctas las apreciaciones sobre la intención de Cristina Kirchner de darle un renovado impulso a la agenda externa del país y reforzar lazos con Brasilia, Santiago, Caracas, Berlín, Madrid, Roma, Tel Aviv, París y Washington, frente a un deseado triunfo Demócrata. El punto crucial en este sentido es que el Partido Demócrata no parece ajeno a la escalada verbal con el proyecto bolivariano. Es conocida la crítica percepción de Washington hacia el proyecto contestatario del líder venezolano (pese a ser el proveedor del 15% total de las importaciones de petróleo de EEUU y haber desplazado a Arabia Saudita del tercer puesto en el ranking de proveedores). En una reciente audiencia en el Congreso, el Diputado Tom Lantos, Presidente del

Comité de Relaciones Exteriores de la Cámara Baja, y exponente del Partido Demócrata, expresó la necesidad de monitorear muy atentamente los vínculos de Chávez con Irán, Siria y Hezbollah. La postura crítica de Tom Lantos se reproduce en figuras de primer nivel y con aspiraciones presidenciales hacia 2008, tanto del Partido Demócrata como Republicano. Son los casos de Hillary Clinton, la cual acusó a Hugo Chávez de fomentar “el anti-americanismo en toda América Latina”, al tiempo que le reclamó a la Administración Bush reducir la dependencia energética de los Estados Unidos y de tal forma limitar la influencia del líder bolivariano.

En este sentido, uno de los principales desafíos que presentará esta nueva etapa será sacar provecho de relaciones constructivas y útiles con Brasilia, Washington y Caracas, en un clima de creciente confrontación entre los Estados Unidos y el gobierno de Chávez y en menor medida de este último y Brasil. A esto se suma también el activismo de Caracas en dos agendas que hacen a la seguridad estratégica de Washington a nivel global, como lo son Irán y a Rusia, lo que genera, a su vez, un clima hostil entre Caracas y el gobierno de Israel. En este contexto, es probable que Cristina Kirchner minimice el vínculo ideológico con Caracas, pero acentúe el lado pragmático y realista de la relación con Venezuela. Es también probable que esta estrategia realista se repita hacia México como otra forma de equilibrar el protagonismo de Itamaraty. Por el lado de Uruguay, Cristina Kirchner tendrá que asumir que Botnia es un hecho consumado y por lo tanto su política externa debería apuntar al “control de daños” no sólo entre Buenos Aires y Montevideo, sino también entre Buenos Aires y Gualleaguaychú. Por último, pero no por ello menos importante, la relación con el “acosado” gobierno chileno de Bachelet, frente al peligro de “gasificar” la agenda, y la toma de recaudos para ayudar a garantizar la preservación de la paz social y la integridad territorial de Bolivia serán dos temas que Cristina Kirchner deberá encarar con resolución. Todo ello, partiendo del diagnóstico que superada parte sustancial de los efectos económicos y sociales de la crisis del 2001-2002, ahora cabría moderar la tendencia introspectiva y minimalista que fue del 2002 al 2007. La política exterior recién comienza.

* **Fabián Calle** es Profesor de Relaciones Internacionales en la UTDT y en la UCA.

** **Federico Merke** es Profesor de RR.II. en la USAL y en la Universidad Empresarial Siglo 21.



Novedad Bibliográfica

Revista Res Diplomática (RD), Segunda Época N° 1

Instituto del Servicio Exterior de la Nación (ISEN), 2007.

Disponible en la página web del ISEN.

<http://www.isen.gov.ar>

La revista “RD, Segunda Época”, es una publicación cuatrimestral del Instituto del Servicio Exterior de la Nación (ISEN), que apunta a crear un espacio de reflexión y debate sobre las problemáticas que presenta el complejo escenario internacional en el siglo XXI, desde una perspectiva académica.

Según lo manifiesta el Canciller Jorge Taiana en el capítulo preliminar de su publicación, se decidió relanzar con una visión renovada la tradicional revista del ISEN, con el propósito de ofrecer una nueva instancia de discusión y reflexión sobre una de las cuestiones públicas más dinámicas e interesantes como es la política exterior.

En este sentido, entre los motivos para hacerlo desde el ISEN, se argumenta que se trata de un ámbito académico y en tanto tal, propicio para el debate racional y profundo, que permite asimismo tomar distancia del quehacer cotidiano de la Cancillería.

En esta primera edición, la revista RD tiene como tema central la cuestión de la Soberanía y la Integración.



Boletín del ISIAE

Las ediciones publicadas pueden consultarse en su totalidad en el sitio web del CARI.

<http://cari.org.ar/publicaciones.html>